

La ceremonia de la primera piedra en España: símbolo y memoria¹

LUIS ARCINIEGA GARCÍA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

En arquitectura existe una asociación entre el acto de fundar y el efecto de cimentar (también dicho fundar). Del latín *fundatio*: en italiano *fondazione*; en francés *fondation*; en español fundación; en inglés *foundation*. Y en esa asociación se producía un acto simbólico de gran importancia: incluir en el *fundamentum* (es decir, en el cimiento de la fábrica bajo tierra y sobre el que debía erigirse la estructura) una piedra que pudiera combinar varios objetivos, pero que principalmente perseguía, por un lado, garantizar el desarrollo gozoso de la obra con la aquiescencia divina y, por otro, el recuerdo de los acontecimientos.

Se trataban de importantes ceremonias de las que ha llegado escasa representación gráfica, lo que probablemente justifique el escaso interés que han suscitado. La iconografía de la construcción, generosa en muchos matices, se muestra timorata en estos; en realidad los esquiva. Las imágenes recogen las operaciones que preceden a la obra, como la elección del lugar o la delimitación del espacio, principalmente para justificar fundaciones que tienen su origen en sueños, visiones o acontecimientos milagrosos, y con frecuencia se hacen eco de un estado avanzado de la fábrica que muestra la construcción en curso con su complejidad de facetas, organización, retos de elevación de pesos, etc. De las representaciones que conceden especial importancia a la construcción se excluye el momento de la primera piedra, pro-

I. Este trabajo se inscribe en el proyecto I+D «Memoria y significado: uso y recepción de los vestigios del pasado» (HAR 2009-13209), subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, hoy Ministerio de Economía y Competitividad.

bablemente por resultar un escenario anodino, así como el de la consagración por estar ya finalizadas las labores. Sin embargo, a través de los libros de liturgia y en particular en los pontificales romanos, que contienen frecuentemente iluminaciones y xilografías, podemos desentrañar la trascendencia de estas ceremonias que comienzan a despertar un creciente interés, aunque muy concentrado en el ámbito medieval centroeuropeo.²

Los orígenes de la ceremonia de colocación de la primera piedra

Cabe presuponer que desde tiempos remotos se significara el inicio de las edificaciones más relevantes con ceremonias. Probablemente, su origen se remonta a creencias ancestrales, y de pervivencia alquimista, que defendían la formación de las piedras en el calor interno de la tierra, o/y cultos animistas que asociaban el proceso constructivo con el de la germinación. El arquitecto y tratadista véneto Vincenzo Scamozzi, a comienzos del siglo XVII y siguiendo a muchos autores griegos y romanos como Tito Livio, Mestrio Plutarco, Pausanias, Estrabón, Publio Valerio Máximo, etc., constató la importancia que en los pueblos antiguos adquirió el inicio de una obra, rodeada de solemnidad y ceremonias; de este modo, para elegir el día propicio atendían a los augurios a través de la observación del cielo o del vuelo de las aves, y para asegurar la elección realizaban ofrendas votivas y sacrificios. Por tanto, estos actos tenían un carácter propiciatorio, pero como señaló Scamozzi también servían para magnificencia del Príncipe y disfrute del pueblo.³ El citado arquitecto mostró cómo en sus días esta tradición estaba muy presente en el inicio de toda construcción, religiosa o civil, pero siempre bajo los principios del cristianismo, que exigían se iniciase alejada de vanidad y superstición, y por la que subrayó cómo la ceremonia de la colocación de la primera piedra era un acto solemne que movía a una devoción que permitiera acabar la obra, iniciada a gloria de Dios si era religiosa, y de la que quedase memoria en el tiempo.

Ciertamente, la religión cristiana adoptó la tradición antigua de significación en el inicio de un edificio religioso a través de la liturgia, que como unión de ritos y palabras de alto contenido alegórico se erige en elemento esencial para instruir en la esencia de la Fe. Además, el rito, en su constante repetición, se convierte en una vía eficaz para transmitir la memoria

-
2. BENZ, KARL JOSEF, «*Ecclesiae pura simplicitas. Zur Geschichte und Deutung des Ritus der Grundsteinlegung im Hohen Mittelalter*», *Archiv für mitteldeutsche Kirchengeschichte*, 1980, 32, pp. 9-25. UNTERMANN, MATTHIAS, «*Primus lapis in fundamentum deponitur. Kunsthistorische Überlegungen zur Funktion der Grundsteinlegung im Mittelalter*», *Cistercienser. Brandenburgische Zeitschrift rund um das cisterciensische Erbe*, 2003, 6, pp. 5-18. DOMINIQUE IOGNAPRAT, *La maison Dieu. Une histoire monumentale de l'Église au Moyen Âge (v.800-v.1200)*. Editions du Seuil, 2006, pp. 539-574. ADÁMKOVÁ, IVA, «*Qualche considerazione sulla posa delle pietre nelle fondamenta degli edifici sacrali nel Medioevo*», *Listy Filologické*. 131, 2008, 1-2, pp. 29-44. DELBEKE, MAARTEN y SCHRAVEN, MINOU (eds.), *Foundation, Dedication and Consecration in Early Modern Europe*, Leiden, Brill, 2012.
 3. SCAMOZZI, VINCENZO, *L'Idea dell'Architettura Universale*, Venecia, 1615, libro VIII, capítulo II, pp. 277-279.

social,⁴ e incluso recuperarla. Las ceremonias que marcaban el inicio y fin en la construcción de un edificio religioso o piadoso eran realmente extraordinarias. Numerosas generaciones de un pueblo e incluso de una ciudad podían sucederse sin asistir a alguno de estos actos, pues no se repetían en el año litúrgico. Este carácter singular unido a que una iglesia era la estructura principal y cohesiva de la sociedad medieval y moderna convertía el acto en algo especialmente relevante, si bien escasamente fijado en sus inicios, aunque su comprensión se transmitía a través de *ordos* (directivas litúrgicas) que avanzada la Edad Media extendieron los liturgistas y que se incorporaron a los manuales de ceremonias, fórmulas y ritos de las celebraciones reservadas al obispo (pontífice): los pontificales.

Aunque hemos hablado de una continuidad de tradiciones en el inicio de un edificio entre la Antigüedad y el cristianismo, lo cierto es que ésta tuvo que producirse sobre todo en el ámbito civil, que podía moverse con mayor libertad a las necesidades, y con un marcado carácter social. En el ámbito religioso la configuración del ritual se creó tras siglos de desarrollo que culminaron principalmente en el siglo XIII y se extendieron a través de la imprenta a partir del siglo XV. De hecho, si bien el orden lógico de las ceremonias para un edificio es primera piedra y consagración, lo cierto es que fue la segunda la que se desarrolló con anterioridad y nutrió en gran medida los contenidos de la primera.⁵ El motivo es fácilmente comprensible por la historia del cristianismo. En sus primeros siglos de existencia adaptó el culto a edificios preexistentes que requerían de una consagración como elemento de identidad.⁶ Solo con el reconocimiento y, sobre todo, con su vinculación al poder del Imperio romano desde tiempos de Constantino se dieron las condiciones que permitiesen la consagración de edificios bajo un ceremonial público y solemne, así como la construcción de otros para los que, con el tiempo, se desarrolló la ceremonia de la colocación de la primera piedra, que permitía bendecir una obra que debía esperar la consagración durante décadas e incluso siglos, por lo que en cierto modo prefiguraba el acto. Como hemos señalado, esta ceremonia tenía numerosos precedentes de significación, y que el ámbito civil de mayor ambición también pudo mantener con gran libertad y subrayando la dimensión representativa. Creo que un análisis más detenido sobre la transferencia entre estos ámbitos es fundamental para entender la evolución de la misma ceremonia, puesto que el acto religioso recogió la tradición antigua propiciatoria de la construcción, y su codificación medieval reforzó la sacralización del acto civil.

El calendario litúrgico conmemora el 9 de noviembre la solemne consagración que en dicho día del año 324 el papa Silvestre I realizó de la primera basílica patriarcal: San Salvador o de Letrán, que fue la primera iglesia monumental de la cristiandad y sede del Papa hasta el siglo XIV. Su consagración se festejó como un acontecimiento relevante para el catolicismo, puesto que conectaba los orígenes del cristianismo con el Papa, el sucesor de San Pedro en

4. CONNERTON, P., *How Societies Remember*, Cambridge, 1989.

5. BENZ, KARL JOSEF, *op. cit.*, 1980, pp. 24-25.

6. WHITE, MICHAEL, *Building God's House in the Roman World: Architectural Adaptation among Pagans, Jews and Christians*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990.



Fig. 1. Primera piedra de El Escorial, colocada en 1563 y hallada en 1971,
Archivo de las Oficinas de la Delegación del Escorial

Roma. Además, para cada edificio religioso se estableció un ritual de consagración, inspirado en la Biblia y en las interpretaciones de los teólogos. El apoyo de Constantino al cristianismo permitió una dimensión pública, que se manifestó en la consagración de edificios y la construcción de otros. Las festividades guiadas por los obispos y con la concurrencia de multitudes son descritas por Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica*. El rito se irá formando, con especificidades locales: Roma, Galia, Bizancio, Hispania..., y permeables. Por ejemplo, la placa de marfil que probablemente sirvió en un relicario, realizada en Bizancio en el siglo V y hoy custodiada en la catedral de Trier (Alemania), muestra una ceremonia de la corte bizantina relacionada con la llegada de una reliquia⁷ ante una iglesia en construcción, pero en las labores de finalización, mientras personas agitan incensarios, por lo que se ha asociado al rito de la consagración de una iglesia. En el papado de Gregorio Magno (590-604), quien estuvo en Constantinopla, se introduce el uso de reliquias en el acto de consagración. La procesión y depósito de las mismas se convirtió en uno de los más importantes y solemnes actos en los ritos de dedicación de iglesias y altares.⁸ En este tiempo se constata la celebración de una misa por el obispo, la aspersion de agua bendita para exorcizar y el uso de *brandea* en

7. HOLUM, KENNETH G. y VIKAN, GARY, «The Trier Ivory, «Adventus» Ceremonial, and the Relics of St. Stephen», *Dumbarton Oaks Papers*, 33, 1979, pp. 115-133. Placa de marfil, 13cm/26cm. Procedente de colección privada se incorporó en el siglo XIX al tesoro de la catedral de Trier (Alemania).

8. ANDRIEU, MICHEL, *Les Ordines Romani du Haut Moyen-Âge*, Louvain, Spicilegium Sacrum Lovaniense, 1931, vol. I, pp. 311-413; en concreto, pp. 361-368 y 373-384.

el altar; aspecto este último de mayor importancia incluso en el rito galicano que en el romano. Ambos ritos convivieron hasta que en la reforma carolingia del siglo IX se impuso el romano, pero sincretizado y en un complejo ceremonial entendido como un bautismo del lugar que alberga la asamblea o comunidad cristiana.

El rito se establece en el *Ordo ad benedicendam ecclesiam* y comprende 150 acciones, cada una con su significado, que suponen la toma de posesión del lugar purificado en nombre de Cristo. Se purificaba el pavimento mediante la aspersion de agua bendita que trazaba una cruz (desde el altar hasta la puerta, y el transepto); en el pavimento, con arena y/o ceniza se trazaba una cruz de san Andrés que unía los cuatro ángulos del edificio, y el obispo con su báculo dibujaba los alfabetos griego (de la alfa a la omega) y latino (de la A a la Z); en los muros se dibujaban o inscribían cruces y se arrojaba agua bendita en doce puntos, atendiendo las palabras del Apocalipsis de san Juan, que decía que las murallas descansaban sobre doce piedras que llevaban los nombres de los apóstoles; en el altar con agua y óleo se dibujan cinco cruces (centro y esquinas); y constantemente se recordaba la unción de la piedra por Jacob y sus palabras indicando que aquella era la casa de Dios y la puerta del cielo (Gn 28, 17-22).⁹

La ceremonia de la primera piedra surge de la misma tradición que la de la consagración, y su desarrollo se justifica en el aumento de la actividad edilicia que supondrá un cambio en la concepción del tiempo en el uso de un espacio sagrado, pues se hará frecuente su construcción durante décadas e incluso siglos; por ejemplo, la catedral de Segovia fue comenzada el 8 de junio de 1525 y consagrada el 16 de julio de 1768. El rito de la primera piedra atiende ese lapso, prefigura la consagración y significa el lugar como destinado a lo sagrado. Las ceremonias de la primera piedra y la consagración compartían muchos de los elementos que caracterizaban el ritual y su objetivo. Este último era purificar el lugar y mantener alejado al diablo, así como crear un espacio para atender las peticiones, en el caso de la primera piedra dirigido a la misma construcción. En cuanto al ritual se exigía de manera común la presencia del obispo diocesano y la señal de la cruz, inscribir o trazar cruces, arrojar agua bendita, cantar salmos e himnos de intencionalidad alegórica...

Las celebraciones más antigua conocidas con motivo del inicio de la construcción de un edificio se producen en oriente.¹⁰ Así, la vida de Porphyre de Gaza (m. 420) escrita hacia el 600 a partir de los textos de Marcos el Diácono muestra cómo en Gaza derribaron los tem-

9. REPSHER, BRIAN, *The rite of Church Dedication in the Early Medieval Era*, Lewiston, New York, Edwin Mellen, 1998. Según este autor, el rito enseñaba a la congregación, a través de la liturgia viva, que la *ecclesia* era la comunidad, y la mostraba unida al cuerpo de Cristo. Su obra incluye traducciones al inglés de textos litúrgicos de los siglos IX y X, como el *Ordo ad benedicendam ecclesiam* y el libro de liturgia para sacerdotes *Quid significant duodecim candelae*. También estudia el rito a partir de una amplia bibliografía: H. S. Lewis (1719), John Gage (1833), E. C. Harrington (1844), F. E. Arnold-Foster (1899), John Wordsworth (1899), Jules Baudot (1909), Pierre Puniet (1920), Ildefonso Schuster (1924), R.W. Muncey (1930), Lee Bowen (1941), Thaddeus Ziolkowski (1943), A. G. Martimort (1960, 1962, 1968), Cyrille Vogel (1960, 1966, 1986), M. S. Gros (1969), G. G. Willis (1969), Ignazio Calabuig (1980), J. D. Crichton (1980), Daniel J. Sheerin (1982), entre otros.

10. Recogidos por IOGNA-PRAT, DOMINIQUE, *op. cit.*, 2006, pp. 550-551.

plos no cristianos, incluido el principal: el Marneion. Porphyre ordenó colocar sus placas de mármol en el lugar previsto para la entrada del nuevo, dejando fuera lo profano en su nueva sacralidad; después siguió una jornada de ayuno; y al día siguiente una procesión presidida por la cruz y con los fieles portando palas y recitando el salmo 96 (95) que habla del santuario de Dios; finalmente, el arquitecto Rufin de Antioquía trazó la planta del edificio y todos colaboraron en cavar los cimientos y colocar las primeras piedras. Más tarde, el relato de la construcción de Santa Sofía, cuya primera versión es de la segunda mitad del siglo IX y su adaptación latina de mediados del XI, muestra a Justiniano delimitando el lugar, cogiendo con sus manos la mezcla de cal y teja rota, que alabando a Dios lanza a los cimientos, y visitando constantemente la obra.

En occidente la referencia más antigua corresponde a la inscripción que el obispo Rusticus de Narbona (427-h. 461) mandó colocar en el dintel de la catedral de Narbona con motivo de la consagración tras su reconstrucción entre 441 y 445. En ella se señala la demolición del edificio tras un incendio y la colocación de la primera piedra en la jornada trigésimo séptimo de trabajo. En la inscripción no se hace referencia al rito, y solo siglos después puede inferirse a partir del caso de Constantino en San Juan de Letrán, narrado en las vidas del papa Silvestre y del propio emperador en los siglos VI y VIII, respectivamente: cavó los cimientos y arrojó en ellos doce capazos de tierra (en referencia a los apóstoles); un ejemplo de implicación directa que será evocado como estímulo a otros fundadores y exaltación de los mismos.¹¹ Así, cuando el abad Suger dio comienzo el nuevo coro de la iglesia de Saint-Denis en 1140 organizó una ceremonia que mostrase la intención de realizar la obra a gloria de Dios, y la unión de poderes a este fin. En una solemne procesión con reliquias congregó al rey Luis VII y a numerosos miembros de la jerarquía de la iglesia, bajaron a los cimientos, los obispos hicieron aglutinante con agua bendita, el rey colocó una piedra y siguieron su ejemplo abades y otros fieles mientras cantaban salmos y antifonas de referencias constructivas.¹²

En los cánones apostólicos, que contienen la tradición apostólica anotada y por tanto la tradición más antigua y de mayor autoridad de la Iglesia, el canon 31 defiende el poder del obispo, a quien corresponde erigir un altar. Esta norma fue completada y desarrollada por los concilios ecuménicos y locales, así como por los Santos Padres. Desde el siglo VI de manera constante se reconoce el control del obispo.¹³ Solo este podía autorizar la fundación de una iglesia, que tenía la finalidad de asegurar que dispusiera de rentas suficientes y que el

11. BENZ, KARL JOSEF, *op. cit.*, 1980, p. 21. IOGNA-PRAT, DOMINIQUE, *op. cit.*, 2006, pp. 552-554. Además, constata cómo en la hagiografía se repiten revelaciones milagrosas de lugares sagrados y purificaciones de presencias diabólicas.

12. *Libellus alter de consecratione ecclesiae S. Dionysii* del abad Suger en PANOFSKY, ERWIN (ed.), *El abad Suger. Sobre la abadía de Saint-Denis y sus tesoros artísticos*, Madrid, Cátedra, 2004 (ed. en inglés 1946, 2ª 1979), pp. 116-117.

13. A comienzos del siglo XVII Jaime Bleda expuso cómo en la edificación de los templos era costumbre muy antigua iniciarlos con una ceremonia, que él argumenta tenía su raíz en concilios aurelianenses, el sínodo de Nicea II, donde se estableció que se plantase una cruz en la parte oriental del templo, y en Justiniano Emperador. BLEDA, JAIME, *Quatrocientos milagros y muchas alabanzas de la Santa Cruz: con unos tratados de las cosas mas notables desta divina señal*, Valencia, Pedro Patricio Mey, 1600, pp. 564-565.

lugar era adecuado; y sólo él podía celebrar el acto de la bendición y colocación de la primera piedra, lo que garantizaba el control anterior y la máxima dignidad en la ceremonia. El obispo pronunciaba oraciones, inscribía cruces, asperjaba agua bendita. Su presencia directa o delegada era la principal exigencia, por lo que cuando faltaba era sorprendente. Así sucedió por las tensiones entre el rey asturiano Alfonso III y el obispo de la diócesis de Oviedo Hermenegildo; con motivo de la crisis del Adopcionismo el obispo no asistió a la consagración de varias de las iglesias de fundación real del momento, como lo prueban las lápidas consagradorias, ni a la de la iglesia de Santiago de Compostela, como recoge la Crónica Albendense.¹⁴

La *Fundatio* de un edificio religioso consistía en la aprobación por el obispo del proyecto por su viabilidad económica y por el lugar elegido, en el que debía erigirse una cruz de madera, y aunque precedía a la actividad de construcción quedó unida en la misma ceremonia de alto contenido alegórico, y cuya difusión se realizó a través de libros de liturgia para sacerdotes y obispos. Así sucede en la consagración con el *Quid significant duodecim candelae*, un texto anónimo del siglo X que incide en la significación del rito y se incluyó en el Pontifical Romano-Germánico (PRG),¹⁵ compuesto hacia el 950 en Maguncia, así como en el irlandés *Leabhar Breac*.¹⁶ El PRG fue llevado a Roma por los otones, donde fue simplificado a finales del siglo XI. De dicho esfuerzo parecen hacerse eco los grandes liturgistas del siguiente siglo, y especialmente quiero subrayar la contribución poco señalada de Johannis Beleth, teólogo y liturgista francés que escribió *Summa de Ecclesiasticis Officiis*¹⁷ (1162), manual del que circularon numerosas copias por Europa; por ejemplo, en España se conservan en El Escorial y la Universidad de Salamanca. Beleth expone que para construir una iglesia se debe fundar hacia el este o salida del sol, se debe preparar el terreno y el obispo (o en quien delegue) debe arrojar agua bendita y poner la señal de la cruz en la primera piedra.¹⁸ Por primera vez se hace mención a una piedra específica que concentra la ceremonia de inicio de una iglesia. En parecidos términos se expresa Sicardus Cremonensis, obispo de Cremona desde 1185, en su *Mitræ seu de officiis ecclesiasticis summa*, puesto que defiende que para que una iglesia tenga un fundamento

14. RODRÍGUEZ MUÑOZ, J., «Alfonso III y la Historia del Reino de Asturias», en GARCÍA LEAL, ALFONSO (ed.), *MC Aniversario de la muerte de Alfonso III y de la tripartición del territorio del reino de Asturias*, Oviedo, 2010, t. I, pp. 1-25.

15. CYRILLE VOGEL, REINHARD ELZE (introducción e índices), *Le Pontifical romano-germanique du dixième siècle*, Ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1963, 3 vols.

16. *Leabhar Breac* (Royal Irish Academy Ms. 23 P 16, cat. n.º I.230). Manuscrito del siglo XI, transcrito entre 1408-1411, en el que se habla de la consagración de la iglesia. W. STOKES, «The Lebar Brecc Tractate on the Consecration of a church», *Miscellanea linguistica in onore de Graziadio Ascoli*, Timpanaro, Turin, 1901, 363-397. Recientemente en Ó'CARRAGÁIN, TOMÁS, *Churches in Early Medieval Ireland: Architecture, Ritual, and Memory*, New Haven, Conn., London, Yale University Press, 2010; especialmente pp. 39-45, 167-169.

17. HERBERT, DOUTEIL (ed.), *Johannis Beleth Summa de Ecclesiasticis Officiis*. En *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, XLIA, Turnholti, Brespols, 1976.

18. *Qualiter ecclesia edificanda sit. Et nota, quod ecclesia sic edificanda est: Parato loco fundamenti primo episcopus debe tibi aspergere aquam benedictam et primum lapidem cruce inpressa in fundamento ponere vel sacerdos, issu tamen episcopi, si episcopus non possit adesse, et debet fundari versus orientem, silicet versus ortum solis equinoctialem, non contra solstitium estivale, ut quidam volunt vel faciunt.*

seguro el obispo (o en quien delegue) deberá arrojar agua bendita para alejar los demonios, y deberá poner la piedra con una cruz en los cantos, y celebrar misa,¹⁹ y con detalle establece las referencias procedentes de la Biblia y Evangelios que refuerzan el carácter alegórico y simbólico de la piedra que constituyen la base de la ceremonia. Inscripciones y crónicas corroboran el protagonismo que alcanza en el siglo XII la colocación de una primera piedra, a diferencia de la tradición de arrojar varias como hemos visto incluso se hizo en Saint-Denis en 1140.²⁰ Las aportaciones de los liturgistas volvieron a usarse desde Roma, especialmente en la primera mitad del siglo XIII con Inocencio III (1198-1216) e Inocencio IV (1243-1254), pues con claras intenciones de unificación bajo la primacía romana se creó el llamado pontifical de la Curia romana, que contribuyó a generalizar los usos de la misma en todo occidente.²¹ A mediados del siglo XIII también se desarrollaron los de las órdenes mendicantes, como el *Prototipo de la Liturgia de los Dominicos*, aprobado por su capítulo general en 1256 y confirmado por el Papa en 1267.²²

En la segunda mitad del siglo X y durante el XI se desarrolla la ceremonia de bendición de una iglesia, en la que a partir de mediados del siglo XII adquiere protagonismo el depósito de una primera piedra. La ceremonia se hará más compleja, incluyendo fórmulas de la consagración y, fuera de lo estipulado litúrgicamente, incluyendo la presencia de las autoridades laicas. Creo que en esta evolución pudo tener una especial relevancia la extensión de movimientos heterodoxos y heréticos de amplia extensión en Francia, como los cátaros y los valdenses, así como el mismo proceso de conquista militar frente a los musulmanes en la Península Ibérica e islas Baleares y sobre importantes comunidades judías, cuyo espacio dejado requería una ineludible purificación. En este sentido, primero se otorgó gran importancia a la consagración porque al igual que en los orígenes del cristianismo se trataba de transformar lo construido; pero la bendición y colocación de la primera piedra se destacó con el aumento de la actividad edilicia sobre un terreno durante siglos considerado contaminado. De este modo, no es de extrañar que *Las Siete Partidas* del rey castellano Alfonso X el Sabio, texto compilatorio del siglo XIII, expusiera la necesidad de invocar a Dios y pedir su gracia al inicio de toda construcción, así como la autoridad del obispo en este asunto,²³ tal y como señalaban

19. *Sicardi Cremonensis episcopi Mitrale seu de officiis ecclesiasticis summa*, en MIGNE, J. P., *Patrologiae*, Paris, 1855, t. CCXIII, pp. 13-433. En el l. I, cap. II. De fundatione Ecclesia señala: *Bene fundata est domus Domini supra firmam petram. Supra petram enim fundatur Ecclesia in hunc modum. Praeparatum locum fundamenti aqua benedicta pontifex ad abigendas daemonum phantasias, vel sacerdos, si episcopus adesse non possit, aspergat, et lapidem cruce impressa in fundamento ponat decantans psalmos: (...) Haec dicens et agens, episcopus convertat se ad orientem, id est ortum solis aequinoctialem (...), exinde mensam erigat, et missam celebret.*

20. UNTERMANN, MATTHIAS, *op. cit.*, 2003.

21. ANDRIEU, MICHEL, *Le Pontifical romain au Moyen-Âge*, ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1938-1941; vols. IV, en concreto el t. II: *Le Pontifical de la Curie romaine au XIIIe siècle*. Una edición bilingüe latín-francés en GOULLET, MONIQUE, LOBRICHON, GUY, PALAZZO, ERIC (traducción e introducción): *Le Pontifical de la curie romaine au XIIIe siècle*, Paris, Le Cerf, 2004.

22. VAN DIJK, STEPHAN J. P. (O.F.M.), HAZELDEN WALKER, JOHN, *The Origins of the Modern Roman Liturgy: The Liturgy of the Papal Court and the Franciscan Order in the 13th Century*, London, Newman Press, 1960.

los libros de liturgia. De hecho, al tratar la manera en que debía ser hecha una iglesia establece, siguiendo la ley antigua, que su construcción y mudanza fuera autorizada por el obispo (aunque en caso de necesidad podía delegar), quien debía ir al lugar, y ante muchos hombres debía retirarse la maleza del espacio que se reservaría al altar, rogar a Dios con las oraciones establecidas para esto, asentar la primera piedra, poner sobre ella una Cruz, y ante todos decir que otorgaba el lugar a la iglesia.

Un paso decisivo en la extensión de todo este proceso se dio con Guillaume Durantis (Guillermo Durando), que trabajó como jurista en la corte papal y conoció el pontifical de la Curia romana, fue obispo de Mende en Gévaudan desde 1285 y confeccionó el *Rationale divinatorum officiorum* (h. 1295), la compilación de liturgia más importante de la Edad Media que aborda el origen y el sentido simbólico del ritual cristiano. De esta obra se conservan más de 200 manuscritos medievales, con traducciones al francés y alemán, y más de cien ediciones impresas (desde la primera de Maguncia 1459 hasta mediados del siglo XIX).²⁴ En España se editó en Granada por Juan Valera de Salamanca en 1504, costeada bajo el auspicio de Hernando de Talavera en el proceso de evangelización de la población musulmana, y con el mismo objetivo en tierras valencianas el patriarca Ribera usó la edición de Roma de 1477. En cuanto a las directrices para fundar sobre fundamento seguro seguía prácticamente a Be- leth y a Sicardus Cremonensis: el obispo debía rociar con agua bendita para ahuyentar los demonios y poner la primera piedra con cruz grabada.²⁵

La primera piedra en la Edad Moderna y la socialización de la ceremonia

La ceremonia, configurada tras siglos de evolución, quedó, como muchas otras, fijada y universalizada a través de la imprenta con la publicación de los pontificales romanos, primero el de Inocencio VIII en 1485, y que dio lugar a numerosas ediciones romanas, lionesas, venecianas, parisinas, alemanas...; y después sus revisiones en tiempos de Gregorio XIII (1572-1585), Clemente VIII (1592-1605), Urbano VIII (1623-1644), Inocencio X (1644-1655),

23. ALFONSO X EL SABIO, *Siete Partidas*, Sevilla, 1491. Destacamos la partida I, título X, leyes I y II.

24. El prólogo y libro primero fueron traducidos al inglés en *The Symbolism of Churches and Church Ornaments: a Translation of the First Book of the Rationale Divinorum Officiorum, written by William Durandus*. Introducción y notas de MASON NEALE, JOHN y WEBB, BENJAMIN, Leeds, T. W. Green, 1843. Una edición de la obra en su totalidad en ANDRIEU, MICHEL, *op. cit.*, 1938-1941; en concreto el t. III. También en DURAND, WILLIAM, *Guillelmi Duranti Rationale Divinorum Officiorum*, Edición de DAVRIL O.S.B., ANSELME y THIBODEAU, TIMOTHY M., en *Corpus Christianorum CXL, CXL-A y B*. Turnhout, Brespols, 1995-2000. Véanse los estudios de ALBARIC, MICHAEL, «Les Éditions imprimées du Rationale divinatorum officiorum de Guillaume Durand de Mende», y GUYOT, BERTRAND, «Essai de classement des éditions du Rationale», en GY, PIERRE-MARIE (O.P.), *Guillaume Durand, Évêque de Mende (v. 1230-1296); Canoniste, liturgiste et homme politique*, París, CNRS, 1992; pp. 183-200 y 201-205, respectivamente.

25. *Est autem ecclesia sic edificanda: parato namque fundamenti loco iuxta illud: «Bene fundata est domus Domini super firmam petram», debet episcopus uel sacerdos de eius licentia, ibi aquam aspergere benedictam ad abigendas inde demonum fantasias, et primarium lapidem, cui impressa sit crux, in fundamento ponere.*

Benedicto XIII (1724-1730), Benedicto XIV (1740-1758) y León XIII (1878-1903). En definitiva, el obispo debía autorizar toda nueva fundación, y asegurarse de que tuviera rentas suficientes. En la ceremonia debía ponerse una cruz de madera en el lugar donde iría el altar, y el obispo vestido de pontifical debía celebrar ceremonia aspergiendo agua bendita, colocando la primera piedra *quadratus et angularis*, y recitando antífonas, salmos y oraciones de claro contenido exorcizador y apotropaico, como mostraba la bendición del agua bendita que se asperja por cruz, piedra y cimientos; así como el contenido de oraciones, salmos y antífonas de referencias constructivas, bendicionales y apotropaicas, la primera de las cuales ya hace mención a la protección frente al Ángel exterminador.

En el epígrafe anterior hemos visto la evolución medieval de la ceremonia desde un ámbito estrictamente religioso y marcado por la liturgia, es decir, limitado a la construcción de iglesias, pero queda por definir el papel de estos actos en las obras civiles más importantes. En estas también se perseguía la protección divina, y a buen seguro mantuvieron las costumbres ancestrales con mayor libertad, pero también incorporaron parte de lo establecido en el rito religioso en aras de mayor legitimidad y pompa representativa. Creo que una buena muestra de esta confluencia, y consiguientemente de las intenciones que confluían en este rito, antes de la imprenta son las palabras del polifacético artista italiano Antonio di Pietro Averlino, que se hacía llamar Filarete (amante de la virtud), en su *Trattato di Architettura* (Mss. I460-I464),²⁶ un texto biográfico y reflexivo sobre la práctica arquitectónica. En él cita la primera piedra del Hospital Mayor de Milán, colocada en abril de 1456 (libro XI); habla de otra en la que encerró datos de sus principales obras, como la del citado hospital, la catedral de Bérgamo y las puertas en la basílica de San Pedro en Roma; y se detiene en la que debía iniciar su proyectada y utópica ciudad de Sforzinda el 15 de abril de 1460 (libro IV) y la del hospital de dicha ciudad (libro XI). La de Sforzinda es la que presenta mayor riqueza de matices, pues se unen aspectos eclesiásticos de fundación y consagración, con prácticas mágicas y augurales paganas, e imágenes y mitos cosmogónicos.²⁷ Así, antes de cualquier otra exigencia material establece que la ciudad debía erigirse en alabanza y honor de Dios, a fin que la defienda y ayude a mantenerla mucho tiempo, por ello el obispo bendeciría la piedra y el lugar, que se colocaría el día señalado por criterios astrológicos. A la solemne ceremonia acompañada de música y cantos asistiría la muchedumbre, incluidos maestros y oficiales que contribuirían a la construcción, así como nobles, y la protagonizaría el obispo, el fundador con sus hijos y el arquitecto. En la piedra se grabaría el año, así como los nombres del Papa, fundador y arquitecto. Además, sobre ella se pondría una caja de mármol esculpida con las obras principales

26. Sobre el Filarete y su tratado mss. 1460-1464 en Milán véase SPENCER, JOHN R. (ed.), *Filarete's Treatise on Architecture, Being the Treatise by Antonio di Piero Averlino known as Filarete*, New Haven - London, Yale University Press, 1965. Traducido al español en PEDRAZA, PILAR (ed.), *Tratado de arquitectura de Antonio Averlino «Filarete»*, Vitoria, Instituto Ephiante, 1990. Traducción del *Codex Magliabecchianus*.

27. HUB, BERTHOLD, «Founding and Ideal City in Filarete's *Libro Architetonico*», DELBEKE, MAARTEN y SCHRAVEN MINOU (eds.), *op. cit.*, 2012, pp. 17-58; idea señalada en p. 25, destaca la aportación de S. Sinisi de 1971. El autor hace un minucioso estudio de la ceremonia y elementos que acompañan la colocación de la primera piedra.

hechas por el arquitecto que contendría diversos objetos: unos, rituales y simbólicos propiciatorios; otros, para la posteridad, como libros de bronce con las cosas más relevantes de la época, efigies de plomo y bronce de hombres ilustres. Y alrededor de esta vasos con grano, agua, vino, leche, aceite y miel, que otorgaban simbólicamente el carácter que debía tener la ciudad y sus habitantes, pues contenido y continente estaban sometidos a un ciclo vital de vida y muerte. Con un deseo de asegurar el interés generacional en el proyecto establece que tras el obispo, el fundador y sus hijos diesen tres golpes con la azada en el suelo en recuerdo de la Santísima Trinidad; después se cavaría el hoyo; y, finalmente, señor y obispo colocarían la piedra. En definitiva, en las palabras del Filarete se mantienen intenciones espirituales y simbólicas, con clara vinculación con la ceremonia religiosa establecida en los pontificales, aunque con ceremonia sin cimientos abiertos; pero se reflejan otras sociales, como la de suscitar el apoyo ante la empresa iniciada; otras representativas, tanto del fundador como la del arquitecto; y otras conmemorativas para la posteridad, como veremos más adelante.

En España, aunque en la mayoría de las ocasiones las intenciones no se expresan de manera explícita, encontramos descripciones de ceremonias parecidas. Sirva como muestra el monasterio de San Miguel de los Reyes, a las afueras de Valencia, fundado por Fernando de Aragón, duque de Calabria y virrey de Valencia, ciudad a la que hizo traer la biblioteca de la Casa de Aragón en Nápoles desde Ferrara en 1527, incluido el tratado del artista italiano.²⁸ Hacia 1546 en el monasterio se celebró una misa en la iglesia de la antigua abadía cisterciense que ocuparon los jerónimos, después se inició una solemne procesión en la que participaron un obispo portando la cruz, el fundador, sus criados y secretario, los monjes y otras personas. Llegados al lugar donde estaba abierto el cimiento en un estribo del claustro, enfrente de la capilla de los reyes que debía servir de panteón dinástico familiar, el obispo bendijo la primera piedra, pequeña, cuadrada y con las armas del fundador labradas. Desde fuera este y desde los cimientos el obispo la depositaron y echaron tres piedras y tres capazos de cal en honor a la Trinidad. Sobre el citado estribo del claustro pidió el duque que se dejase memoria del siguiente modo: *A su Excelencia y a su Obispo de bulto como tenían la piedra primera ya dicha en las manos con su letrado que diga: Aquí debaxo está la primera piedra. Este día comió su Excelencia en el refitorio y dió espléndida comida al convento.*²⁹ La perpetuación del acto pretendía mantener la llama del entusiasmo que asegurase el difícil objetivo del fundador, que era crear un panteón real familiar en contra de los intereses del emperador y rey de Nápoles,³⁰ de ahí la importancia de la elección del lugar frente a la capilla de los reyes en el nuevo claustro sur. En definitiva, se aprecia la im-

28. ARCINIEGA GARCÍA, LUIS, «El legado de la Casa Real de Aragón en Nápoles. Conservación y dispersión», *XI Congreso Nacional de Historia del Arte (CEHA)*, Valencia, 1998, pp. 114-121.

29. AHN Códices, 223/B; 493/B, f. 36; y 515/B, f. 36v. Relación de las obras que se hicieron en el monasterio en vida de don Fernando de Aragón, por el cronista fray Francisco de Villanueva en 1555. Fecha del acto en blanco.

30. Sobre las intenciones del fundador, opuestas a las de Carlos V y Felipe II, véase ARCINIEGA GARCÍA, LUIS, «Arquitectura a gusto de Su Majestad en los conventos de Santo Domingo y San Miguel de los Reyes (siglos XVI y XVII)», *Historia de la ciudad. II. Territorio, sociedad y patrimonio. Una visión arquitectónica de la historia de la ciudad de Valencia*, Valencia, CTAV, 2002, pp. 186-204.

portancia litúrgica del acto, cuyas funciones hemos descrito en el apartado anterior, aunque no sean exigibles por no tratarse de una iglesia, y son evidentes las aspiraciones conmemorativas y cohesivas ante un mismo proyecto.

Son numerosos los ejemplos que podemos citar en las mismas fechas que, al menos, nos hablan de la condición material de la piedra y del uso de algunas costumbres ancestrales: en el colegio de Santo Domingo en Orihuela se puso la primera piedra en 1553, adjuntando pergamino con el acta de la ceremonia y unas monedas de la época,³¹ en la cartuja de Aula Dei, Zaragoza, el 29 de febrero de 1564 se colocó la primera piedra, cuadrada de dos palmos y con seis cruces grabadas en relieve...³² Pero por su trascendencia y amplia difusión escrita quiero centrarme en otro monasterio de la orden jerónima: El Escorial. Aquí se celebraron dos actos: uno promovido por el arquitecto para dar inicio a la obra del edificio y otro promovido por el rey para iniciar la de la iglesia. Solo el segundo estaba sujeto a una estricta liturgia, y en el primero se destacan aspectos conmemorativos y cohesivos entre los protagonistas, pero hay una cierta coincidencia de acciones e intenciones, incluso una cierta imbricación. Fray Juan de San Gerónimo, testigo, y fray José de Sigüenza, oidor de testigos, describen la colocación de estas primeras piedras.³³ La del monasterio se puso el 23 de abril de 1563, día de san Jorge (patrón de la Corona de Aragón), en el eje del lugar que ocuparía la silla del prior en el refectorio. La piedra se dice era cuadrada (aunque más estrictamente debiera decirse escuadrada y de dimensiones rectangulares) y tenía inscripciones en sus lados: pidiendo auxilio divino para la obra, y señalando el fundador, el arquitecto y la fecha de colocación. Los cronistas jerónimos aportaron estos contenidos, variando ligeramente el orden y uso de las abreviaturas, como mostró su hallazgo en 1971.³⁴

-
31. GUTIÉRREZ-CORTINES CORRAL, CRISTINA *Renacimiento y arquitectura religiosa en la antigua diócesis de Cartagena (Reino de Murcia, Gobernación de Orihuela y Sierra del Segura)*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, 1987, p. 538.
32. BOSQUED FAJARDO, JESÚS-RODRIGO, *La Cartuja de Aula Dei de Zaragoza (Ventanas en el cielo...)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 1986.
33. DE SAN GERONIMO, FRAY JUAN *Memorias de fray Juan de San Geronimo, monge que fue, primero de Guisando, y despues de El Escorial, sobre varios sucesos del reinado de Felipe II, de 1562 a 1591*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1845. Obra publicada y anotada por M. Salva y P. Sainz de Baranda. DE SIGÜENZA, FRAY JOSÉ, *Tercera parte de la historia de la Orden de San Gerónimo*, Madrid, Imprenta Real, 1605, discurso III, pp. 545-548. Puede compararse con la ceremonia de consagración del templo en el discurso XVII. CABRERA DE CÓRDOBA, LUIS, *Felipe II, Rey de España*. Madrid, 1619, pp. 316-317.
34. Fray Juan de San Gerónimo: DEUS OPTIMUS MAXIMUS OPERI ASPICIAT // PHILIPPUS SECUNDUS HISPANIARUM REX A FUNDAMENTIS EREGIT – 1563 // JOANNES BAPTISTA ARCHITECTUS MAJOR. APRILIS 23. Fray José de Sigüenza: DEVS O. M. OPERARI ASPICIAT // FILIPVS II. HISPANIARVM REX, // A FVNDAVENTIS EREXIT. M.D.LXIII // IOAN. BAPTISTA ARCHITECTVS IX.KAL. MAII. TEXTO EN LA PIEDRA: DE·OPTM OPERI·ASP // PHI·II·HYS // R // (señal de la cruz) ·A·1563 M·AP·23 // IO·BAP·AR·F. La piedra, 1,40 metros de largo x 0,40 de alto x 0,60 de profundidad, se encontró en 1971 en la cara interior del muro de cimentación cuando se realizaban obras para las nuevas cocinas. RAMÓN ANDRADA, «Descubrimiento de la primera piedra del Monasterio de El Escorial», *Reales Sitios*, 1971, 27, pp. 73-76. PEDRO MARTÍN GÓMEZ, «Las tres primeras piedras del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial», VV.AA. *Homenaje a Juan de Herrera*, Santander, Fundación Juan de Herrera, 1988, pp. 75-92.



Fig. 2. *Pontificale Romanum. Clementis VIII. Pont. Max. Iussus restitutum atque editum*, Roma, 1595

Significativamente, la elección del acto partió de Juan Bautista de Toledo, y no acudieron ni el rey, ni el prior que estaba enfermo, ni un obispo, que no era preceptivo por no tratarse de una iglesia. Podemos situar el acto cercano a la mentalidad de un arquitecto, como hemos visto en la cultura italiana y en la que se había formado profesionalmente Toledo. En la piedra, a la demanda de auxilio divino que siempre está presente en el sentido del acto, se añade la fecha de inicio con el nombre del fundador y del arquitecto. La ceremonia no manifiesta el estricto seguimiento litúrgico, sino una tradición que los monjes completan con devoción y emotividad, con muchas oraciones invocando el favor y gracia divina dirigidas a la Santísima Trinidad, a la Virgen, a san Lorenzo patrón del monasterio, a san Jerónimo patrón de la orden, a san Jorge por celebrarse el acto en dicho día, así como con salmos, himnos y versos competentes, como el salmo 123 *Ad te levavi oculos meus*. Por otro lado, el acto tiene un gran carácter cohesivo entre el arquitecto y la comunidad religiosa, entre el arquitecto y comunidad constructora, y entre ambas comunidades, pues se encuentran presentes muchos monjes y maestros y oficiales, entre los que se hallaría Juan de Herrera, que se declaró autor de la inscripción.³⁵ Así, el acto de bendición y colocación de la piedra correspondió a tres personas: el vicario del monasterio, el juez, veedor y contador de la fábrica, y el arquitecto, quien solicitó la ayuda de sus maestros de cantería y albañilería, mientras el resto con devoción y lágrimas suplicaban a Dios *fuese servido prosperar aquella fábrica y levantarla para su gloria y servicio*. Finalmente, la comunidad invitó a Juan Bautista de Toledo a comer.

Felipe II fue informado y poco tiempo después dispuso los actos para la colocación de la primera piedra de la iglesia, que se hizo con todo cuidado litúrgico. Fray Juan de san Gerónimo y fray José de Sigüenza la describieron con minuciosidad, en el caso del primero como memoria y en el del segundo como crónica que sirviera de ejemplo y guía para devolver el contenido original de este acto, que en su opinión estaba lleno de misterios que no se encontraban escritos en castellano; en este caso en referencia a los pontificales escritos en latín. Sin embargo, es fray Juan de san Gerónimo el que con mayor detalle describe toda la ceremonia, traduciendo del latín el capítulo del pontifical romano sobre la bendición y colocación de la primera piedra en una iglesia. En concreto, en El Escorial se utilizó el elaborado por Agostino Patrizzi Piccolomini para Inocencio VIII en 1485, y más específicamente entre las más de una docena de ediciones aparecidas hasta el año de la ceremonia alguna de las ediciones venecianas de 1543, 1561 o 1563 (finalizada en junio).



35. LLAGUNO Y AMIROLA, EUGENIO, *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España desde su Restauración... Ilustradas y acrecentadas con notas, adiciones y documentos por don Juan Agustín Cean-Bermúdez*, Madrid, 1829, t. II, Documentos, núm. XXII, 10. Una exposición sobre los aspectos proporcionales («mística de los números») de la primera piedra y del constante uso en esta ceremonia del número tres, signo de la Trinidad, en MARTÍN GÓMEZ, PEDRO, *op. cit.*, 1988.

El 20 de agosto de 1563 (fiesta del patriarca San Bernardo), subieron al lugar a las tres de la tarde (según Sigüenza) y comenzó la ceremonia a las cinco (según san Gerónimo). Estaban presentes rey, prior, vicario, religiosos, obispo, arquitecto, maestros y oficiales de la fábrica, con muchos nobles y criados para colocar la piedra en la puerta de acceso a la sacristía y junto al altar de las reliquias. La lectura de las palabras de fray Juan de San Gerónimo muestran un seguimiento escrupuloso del pontifical: colocación de la cruz en el altar, acciones del obispo, antífonas, salmos y oraciones elegidas y su orden, características de la piedra... Además, para mayor empaque, dignidad y emotividad en El Escorial se dispusieron tres altares en los lugares que correspondían al altar mayor y los cruceros y que dividían en tercios la ceremonia: el del Evangelio con un crucifijo que fue del Emperador, el de la Epístola con la imagen de la Virgen y el del altar mayor con el crucifijo de madera exigido. El franciscano, confesor del rey y obispo de Cuenca, vestido de pontifical, bendijo el agua bendita y aspergió la cruz del altar y la piedra cuadrada y angular (*quadratus et angularis*), y que debía ser pequeña para poderla portar con las manos el fundador; se cantaron antífonas y salmos que encierran el misterio de lo que la piedra significa, que como especifican los cronistas Sigüenza y Cabrera de Córdoba es mostrar a Jesucristo como piedra fundamental de la Iglesia; el obispo con un cuchillo hizo en la piedra cuatro cruces por todas las esquinas o ángulos, y se apunta que el rey tocó la piedra; se volvió a cantar antífonas y salmos; y finalmente mandó sentarla a Juan Bautista de Toledo, que recibió la ayuda de Pedro de Tolosa, aparejador de cantería, y Gregorio de Robles, de albañilería, que la depositaron junto a otra mayor que tenía las mismas cruces bermejas grabadas en las cuatro partes, algo que no dispone expresamente el pontifical. El obispo caminó por los cimientos abiertos divididos en tercios echando agua bendita y leyendo oraciones, mientras los frailes bañaban con sus lágrimas los cimientos y cantaban himnos y salmos. Finalmente, el obispo dio la bendición solemne y concedió indulgencias.

A tenor de los hechos, los biógrafos de Felipe II utilizaron el propio acto como prueba de las verdaderas intenciones de tan magna obra, puesto que el rey como Salomón la hizo para la gloria de Dios y no vanidad propia. Por esta razón, a pesar de los años la acabó: «vio desmontar el sitio, abrir las zanjas, puso la primera piedra, y le vio acabado en toda su perfección con tanta suntuosidad».³⁶ Una idea que aparece recogida por otros cronistas y en otras grandes construcciones contrarreformistas, como el Colegio de Corpus Christi fundado en Valencia por el patriarca Ribera y arzobispo en dicha sede. Francisco Escrivà, su primer biógrafo, señaló que como a Salomón le permitió Dios construir y ver terminado el templo, pues «devió contentar en el principio la voluntad de emprenderlo», y ello a diferencia de las obras realizadas por vanidad humana, como la Torre de Babel, que «no las acaban, porque



36. DE CABRERA, ALONSO, *Sermón que predicó Alonso de Cabrera predicador de Su Magestad, a las honras de... Filipo Segundo... que hizo la villa de Madrid en Santo Domingo el Real*, Madrid, herederos de Juan Íñiguez Lequerica, 1601, p. 57.

no lo permite Dios». ³⁷ En ambos casos, la literatura que generan desde los inicios del siglo XVII persigue vincularlos al templo de Salomón, edificado para honra de Dios y provocar con su ejemplo, y alejarlos de la vanidad humana de la torre de Babel. Obviamente las críticas de Lutero a la construcción del Vaticano habían suscitado la exégesis en los doctores de la iglesia que justificara estas acciones como gran virtud, y que debían quedar manifiestas desde los inicios, como era habitual ante Dios y que ahora además se debían justificar ante los hombres.

La ceremonia de El Escorial tuvo lugar entre las comunidades implicadas, pero sin el concurso del pueblo. Sin embargo, muchos actos celebrados en núcleos urbanos muestran cómo las actividades festivas llegaron al paroxismo. Principalmente lo podemos saber a través de aquellos ejemplos de los que nos ha quedado testimonio escrito. Estos folletos son complementarios de la información de los pontificales, pues detallan los aspectos estrictamente festivos: misas y procesiones, soldadescas, música, danzas, arquitecturas efímeras, adornos de tapicerías, jeroglíficos y poesías, luminarias y fuegos artificiales, toros..., pero al llegar al acto litúrgico se muestran extremadamente parcos, conscientes de que la reiterativa ceremonia se hallaba contenida en libros al uso.

Las fiestas alrededor de la ceremonia, como las bendiciones e indulgencias del obispo a la finalización del acto, pretendían atraer al mayor número de público para realce de la obra y devota vinculación al proyecto. Un buen ejemplo de la dimensión social que podía alcanzar el acto es el inicio del Colegio Real del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús en Salamanca, fundado por la reina Margarita de Austria, por testamento, y Felipe III, y para el que se hizo un palenque para garantizar que la muchedumbre no perturbase el decoro del acto litúrgico. ³⁸ La víspera se celebraron luminarias y en el lugar donde debía iniciarse la obra se quemó la figura de Macedonio Herege que negó el Espíritu Santo. El 12 de noviembre de 1617 el obispo Francisco de Mendoza celebró misa pontifical en la catedral, con acompañamiento de música, de motetes y letras; en procesión solemne cantando antífonas de la dedicación de la iglesia se dirigieron obispo, clero, nobles y pueblo al lugar donde estaba la cruz de madera donde debía ponerse la piedra; el obispo celebró la ceremonia marcada por el pontifical y entregó al arquitecto la piedra, que tenía un hueco en medio donde se colocó una caja de plomo con monedas de oro y plata y una lámina en la que se pedía la protección del Espíritu Santo, se nombraba a los dos reales fundadores, al obispo, al papa Pablo V y la fecha; final-

37. ESCRIVÀ, FRANCISCO, *Vida del ilustrísimo y excellentísimo señor don Juan de Ribera, patriarca de Antiochía, y arzobispo de Valencia*, Valencia, Pedro Patricio Mey, 1612, p. 235. Hay edición facsímil con estudio preliminar de Emilio Callado y Miguel Navarro (Valencia, Generalitat Valenciana, 2011). Sobre estas consideraciones en los edificios citados nos ocupamos en ARCINIEGA GARCÍA, LUIS, «El Escorial como antítesis de la torre de Babel», *Ars Longa*, 1992, 3, pp. 19-28; y en «El colegio de Corpus Christi entre construcciones: de la obra a la recepción», *El Patriarca Ribera y su tiempo*, Valencia, Alfons el Magnànim, 2012, pp. 665-683.

38. GONÇALEZ DE AVILA, GIL, *Lo sucedido en el asiento de la primera piedra del Colegio Real del Espíritu Santo de la Compañía de Jesus de la ciudad de Salamanca*, Salamanca, Susana Muñoz, 1617.

mente, en compañía de representantes del rey y de los jesuitas se depositó la piedra, y arquitectos, oficiales y peones comenzaron a subir el edificio; el obispo dio la bendición y cuarenta días de perdón a los asistentes.

De mayor ambición festiva incluso, y fiel reflejo de la confluencia del ámbito civil y religioso fue en el mismo siglo el inicio de la nueva basílica del Pilar en Zaragoza en 1681. Al menos dos fueron los panfletos publicados³⁹ para remembranza. El día fue cuidadosamente seleccionado: Santiago Apóstol, a quien se atribuía la primigenia fundación. Se sucedieron numerosos actos festivos que decoraron la iglesia, santuario y plaza. El mundo alegórico se desarrolló alrededor de una fingida montaña en la plaza con cuevas y recovecos que permitió distribuir personajes de la mitología, pero sobre todo en numerosos jeroglíficos con la obra en sus inicios que perseguía apelar a la devoción y vincular los corazones al proyecto, y en los que se incluyeron varias representaciones de la primera piedra: en uno se decía que con verla depositada ya se contemplaba su conclusión; en otro, aparecía flanqueada por cinco leones en alusión al rey, Santiago, el signo zodiacal, y el arzobispo y la ciudad que lo tenían en sus armas. Por otras fuentes se sabe que la piedra tenía una inscripción con los nombres del Papa Inocencio XI, del rey Carlos II, del regente del Consejo Pedro de Aragón, de Diego de Castrillo arzobispo de Zaragoza y de Jacobo Fernández de Híjar duque de Híjar y virrey de Aragón.⁴⁰ Sin embargo, este último no acudió a la ceremonia después de una tensa relación epistolar sobre las prerrogativas propias y del arzobispo durante la ceremonia de bendición y colocación de la primera piedra, y en la que el virrey quería ostentar su preeminencia imponiendo al arzobispo el uso de sólo dos capellanes y dos pajes, que además debían ir fuera de la procesión para que no mediase nadie entre ambos, que los canónigos no usaran almohadas ni hachas, y que en el lugar donde debía depositarse la piedra sólo el virrey tuviera sitial. El arzobispo afirmó que la ceremonia no requería de hachas y que no había sido informado del asunto de las almohadas, pero desde luego no transigía en lo que restaba decoro a la ceremonia y al representante de Cristo en ella, lo que afectaba al uso de capellanes y sitial.⁴¹ La enconada posición de ambos se desarrolló con motivo de una ceremonia enormemente concurrida; de hecho, los soldados tuvieron que abrir paso a la procesión, y cuando en los cimientos se depositó la piedra de alabastro pulido, los que estaban en la zanja tuvieron que guarecerse de la lluvia de piedras que los asistentes provocaron en su deseo de participar de dicho acto.⁴² Y es que la ceremonia tenía un componente litúrgico incuestionable, pero eran muchos otros los que afloraban.

39. *Relación de la festiva celebridad, con que se colocó la primera piedra en la nueva, y más sumptuosa Fabrica del santo templo de Nuestra Señora del Pilar de Çaragçoa*, Zaragoza, 1681. *Descripcion de las festivas demostraciones con que se colocó la primera piedra en la nueva y sumptuosa fabricacion del santo y apostolico templo de Nuestra Senora del Pilar de Zaragoca*, Zaragoca, herederos de Diego Dormer, 1681.

40. DE ZARAGOZA, FRAY LAMBERTO, *Teatro historico de las Iglesias del Reyno de Aragon*, Imprenta de la viuda de Joseph Miguel Ezquerro, 1785, t. IV, p. 206.

41. Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón, Legajos, 63, expedientes I/1 a I/8.

42. *Descripcion de las festivas demostraciones...*, op. cit., 1681, p. 15.

Hacia unas constantes extralitúrgicas en un campo de pruebas hispano

La elección del día para la colocación de la primera piedra podía estar sometida, bajo tradición antigua, a la posición de los astros, como señaló Il Filarete, y a su servicio podían estar intenciones políticas y/o religiosas, como ocurrió con la fundación de san Pedro de Roma en 1506,⁴³ pero más frecuentemente se veía simplemente condicionada por el mero desarrollo de la obra. Así induce a pensar que las primeras piedras del hospital mayor de Milán y la de la proyectada Sforzinda, obras de Il Filarete, se depositen en abril, como también sucede en San Pedro, El Escorial..., y así lo reconocía V. Scamozzi. Si bien este aconseja que en los edificios religiosos el acto tenga lugar en una fiesta solemne de la Iglesia para suscitar mayor devoción y ánimo en ver acabada la obra, y en los civiles que se haga en un día memorable, por ejemplo en el aniversario del nacimiento o coronación del príncipe, reconoce que el tiempo más conveniente para iniciar una obra dependía del clima del lugar, pues siempre había que huir de los extremos cálidos y fríos, húmedos y secos, por lo que en su ámbito se muestra partidario de la primavera,⁴⁴ en una tradición que confirman las crónicas e inscripciones medievales.⁴⁵ Fray José de Sigüenza en el caso de El Escorial también reconoce la elección de las fechas por las posibilidades dadas por la fábrica. No obstante, ese aparente carácter involuntario le servía para argumentar la providencia, pues expone que la primera piedra se colocó el día de san Jorge, la primera de la iglesia el día de san Bernardo, la primera que debía señalar la planta el día de santo Tomás de Aquino, la primera de las basas de los pilares de la iglesia el día de san Basilio, *gran doctor y columna de la iglesia*; todo sin que se hiciera a propósito, advertimiento o elección, pero que con tales cimientos era comprensible que la obra no presentase fisura alguna.⁴⁶ En la nueva basílica del Pilar el día de Santiago Apóstol era muy indicado, pues a él se atribuía la primigenia fundación, pero también su celebración en julio lo hacía compatible con la climatología. Por lo tanto, la elección se realizaba entre las opciones disponibles compatibles con las actividades constructivas y con las propias de la población donde se edificaba. Así en el ámbito rural es importante que hayan finalizado las actividades agrícolas (recolección, trilla, etc.).

En un intento de buscar constantes en el rito de la primera piedra he sistematizado las referencias a este acto en el área valenciana entre mediados del siglo XIII y el XVIII. A partir de numerosas y diversas fuentes, como dietarios y crónicas, he recogido cerca de 70 referencias

43. QUINLAN-MCGRATH, MARY, «The Foundation Horoscope(s) for St. Peter's Basilica, Rome, 1506: Choosing a Time, Changing a Storia», *Isis*, 2001, 92, pp. 716–741. NIKOLAUS STAUBACH, «Der Ritus der impositio primarii lapidis und die Grundsteinlegung von Neu-Sankt-Peter», en G. SATZINGER; S. SCHÜTZE (eds.), *Sankt Peter in Rom 1506 - 2006*, München, Hirmer, 2008, pp. 29-40.

44. SCAMOZZI, VICENZO, *op. cit.*, 1615, l. VIII, cap. II, pp. 277-279.

45. UNTERMANN, MATTHIAS, *op. cit.* 2003.

46. DE SIGÜENZA, FRAY JOSÉ, *op. cit.*, 1605, discurso VIII.

a este acto, y se puede apreciar un predominio de los meses de mejor tiempo (de marzo a julio), con posición destacada de junio, y del inicio del año.

Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
9	2	4	6	5	12	6	4	3	4	4	3
15%	3%	7%	10%	8%	19%	10%	6%	5%	6%	6%	5%

En cuanto al día de la semana no se aprecia un patrón claro, aunque hay un predominio del jueves.

Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
8	8	9	14	5	7	9
14%	13%	15%	23%	8%	12%	15%

La festividad elegida no suele tener relación significativa. En ocasiones sí se hace coincidir con la presencia de autoridades, incluso en la onomástica del fundador, como en la cartuja de Valdecris, y en otras el día se significará como conmemoración del inicio de la obra.

En cuanto al ritual en ocasiones se hace referencia a la solemne procesión y en otras a una sencilla ceremonia. La presencia del obispo se muestra constantemente, o en su ausencia el auxiliar, aunque en órdenes regulares es frecuente que una autoridad de la misma participe. En estos casos se admite la ausencia de un ceremonial o ritual, aunque la celebración del propio acto indica unas pautas. Así sucede en el convento de Llombai en 1758, cuando en el inicio de la capilla de la Comuni3n el prior compuso una cuidada ceremonia, «según le pareció mas Conforme al Yntento; porque por muchas Dilig3ncias que hizo no pudo lograr un Ritual proseasonario, 3 Ceremonial por quien guiarse».⁴⁷ También se citan a los personajes ilustres que asisten, principalmente en su condici3n de promotores, fundadores, etc. Con el deseo de vincular a varias generaciones en el proyecto encontramos ceremonias donde se colocan varias piedras, como en la cartuja de Valdecris por el rey Mart3n I y su hijo el rey de Sicilia, guardando estrecha relaci3n con lo que contemporáneamente realizó el duque Gian Galeazzo Visconti en la cartuja de Pavía el 27 de agosto de 1396, y en la que se depositaron

47. BISBAL DEL VALLE, VICENTE, *Un estado de los Borja: el marquesado de Llombai. Documentos sobre Aledua, Alfarp, Catadau y Llombai*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2001, pp. 58-61.

cuatro piedras con letras inscritas para hacer partícipes a sus tres hijos.⁴⁸ Esta implicación generacional también estuvo presente en el colegio jesuita de San Sebastián en Gandía donde Francisco de Borja hizo partícipes a sus hijos y a los padres jesuitas. En estos dos casos es significativa la vinculación del rito con la consagración de un altar. En la cartuja el rey colocó una cruz de mármol con muchas reliquias encajadas en ella,⁴⁹ a modo de *brandea*. En Gandía, Ignacio de Loyola comisionó al padre Pedro Fabro la colocación de la primera piedra del colegio fundado por Francisco de Borja. Después de oír misa en la capilla del palacio ducal se dirigieron en procesión al lugar, al son del órgano cantaron varios himnos y salmos, se echó agua bendita por toda la planta del edificio, «para que subiese consagrada desde su cuna aquella gigante fábrica». Fabro puso la primera piedra; el duque fundador, la segunda, y prosiguieron los hijos del duque y los padres de la Compañía.⁵⁰ Son frecuentes los recursos emocionales, como aspersión de los cimientos con agua bendita y lágrimas de los protagonistas para pedir a Dios que la obra se lleve a buen término.

Por lo que respecta a la materialidad de la piedra y su lugar de colocación, los estudios arqueológicos de edificios medievales del norte de Europa han mostrado cómo solía presentar inscripciones de cruces y con frecuencia el nombre del obispo y el año, incluso una propensión a situarse como piedra angular en el confinamiento de dos paredes.⁵¹ En el caso valenciano, y solo con referencias escritas principalmente de cronología posterior, podemos afirmar que no había un sistema único. Algunas eran realmente sofisticadas, como la de la fundación real de la cartuja de Valdecris en 1405, un artificio que según memorias antiguas se dice *fuit miraculose factus*, a manera de la montaña de Montserrat abierta por medio en cuya hendidura puso el rey Martín una segunda piedra, que era una cruz de mármol con muchas reliquias encajadas en ella.⁵² En otras ocasiones se grababan relieves, como en 1439 en la capilla de los Reyes del convento de Santo Domingo, con una cruz, la Virgen y San Juan. En otras eran las armas del fundador, como las del duque de Calabria en San Miguel de los Reyes hacia 1546. A veces la piedra no recibía mayor atención, pero se añadían monedas de la época y lámina de plomo con la fecha y los nombres de las autoridades, como en el castillo de santa Bárbara de Alicante.⁵³ En la capilla de san Luis Beltrán del convento de santo Domingo de

48. BELTRAMI, LUCA, *Storia documentata della Certosa di Pavia*, Milan, 1896, vol. I, pp. 55-66.

49. ALFAURA, JOAQUÍN, *Historia o anales de la Real Cartuja de Val de Cristo*, 1658, libro I, cap. 14, 121. Citado por AZNAR, VICENTE SIMÓN, *Historia de la cartuja de Val de Cristo*, Segorbe, Bancaja, 1998, p. 67.

50. VÁZQUEZ, DIEGO, *Historia de la vida del padre Francisco de Borja. Tercer General de la Compañía de Jesús*. Copia mss. del original de 1586-1589, 1.336, 75 vº. DE RIBADENEYRA, PEDRO, *Vida del Padre Francisco de Borja, que fue duque de Gandía, y después religioso y Tercero General de la Compañía de Jesús*, Madrid, Pedro Madrigal, 1592, p. 325. Siguen estos datos, entre otros, Nieremberg (1644) y Cienfuegos (1702).

51. UNTERMANN, MATTHIAS, *op. cit.*, 2003.

52. *Descripcion de las festivas demostraciones...*, *op. cit.*

53. BENDICHO, VICENTE, *Crónica de la ínclita, noble y leal ciudad de Alicante*, 1640, Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. Mss. 284. Edición moderna a cargo de CABANES, M^a LUISA, *Chronica de la Muy Ilustre, Noble y Leal Ciudad de Alicante*, Alicante, Ayuntamiento de Alicante, 1991.

Valencia en 1628 se depositó una piedra de alabastro cuadrada, con la fecha, el nombre del santo y el del arzobispo inscritos, y en 1645 se colocó en los cimientos una piedra con una serpiente fosilizada, en atención a que este animal era el emblema del santo.⁵⁴

Función litúrgica de la primera piedra

La primera piedra era apotropaica, ya que debía alejar el demonio del lugar; era bendicional, pues desde el inicio alababa la bondad divina y suplicaba el auxilio celestial, cuya base se encontraba en el profeta Zacarías que señaló el cuidado de Dios en los templos espirituales (Zac 4); y era una piedra simbólica. La ceremonia a su vez pretendía agitar los corazones de los asistentes para gloria del fundador, favorecer la contribución al proyecto de la comunidad mediante trabajo, dinero, etc. Analicémoslos con más detenimiento.

En primer lugar, el acto de la primera piedra establecía el deseo de alejar el demonio, purificar el lugar, conjurar cualquier maldición, tomar posesión en nombre del Señor y su servicio. La costumbre de limpiar los lugares para establecer un edificio religioso es ancestral, y en el cristianismo se manifiesta desde sus primeros tiempos mediante el uso de cruces. Consideraciones similares acompañan al ser humano desde el origen de los tiempos. Se creía en la consideración simbólica y astronómica de los actos; por ejemplo, en ocasiones se tomaba en cuenta la posición de los planetas en la elección del día de la confección de la propia piedra o el de su colocación, su orientación, etc. Y existía la creencia en inscripciones nigrománticas, que mediante caracteres y figuras inventadas por los demonios se establecían pactos tácitos que favorecían a los que los hacían.⁵⁵ El cristianismo defendía los mismos usos pero persiguiendo el apoyo de las fuerzas del bien. Y así se establecía desde sus cimientos hasta su remate. En este último caso con el simbolismo de veletas y campanas. Estas tenían carácter sagrado, eran bendecidas y bautizadas, apelando al sentido del oído señalaban la presencia de lo sagrado y con función apotropaica exorcizaban. Por esta razón era frecuente que se grabaran en ellas textos sagrados o fórmulas de conjuro que se transmitían con el sonido.⁵⁶

En la ceremonia de la bendición y colocación de la primera piedra oraciones, salmos y antífonas reforzaban esta idea. Por ejemplo, la primera antífona es: *Signum salutis pone Domine in domibus istis ut non permittas introire angelum percutientem*. Esta invocación contra el Ángel exterminador de aquellos que no estaban protegidos con la señal divina, en recuerdo a la última

54. Biblioteca Histórica Universidad de Valencia, Mss. 159, f. 245v. Convento de Santo Domingo en Valencia y sucesos de la época. XVII. Desde 1603 a 1628 por Gerónimo Pradas. Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia, Mss. 157. *Historia de las cosas más notables del convento de predicadores de Valencia*. Mss. 1640-1660, ff. 126-127.

55. DE LA ESPINA, FRAY ALFONSO, *Fortalitium fidei*. h. 1459.

56. HANI, JEAN, *El simbolismo del templo cristiano*, Barcelona, Jose J. de Olañeta, 1983 (ed. francés 1978), p. 67. Por ejemplo, en campanas antiguas es frecuente el uso de inscripciones procedentes de las Glosas del *Corpus Juris Civilis*. Así aparece en campanas de las catedrales de Pamplona, Burgos, Toledo y Valencia.

de las plagas de Egipto, la encontramos en época medieval en el antifonario visigótico-mozárabe y en libros de ordos episcopales,⁵⁷ y se utilizó de modo apotropaico; por ejemplo, en edificios de la Monarquía asturiana encabeza algunos emblemas epigráficos en los que la antífona era acompañada por la señal de la cruz, y se ubicaban en accesos o lugares destacados con finalidad protectora y conmemorativa de la fundación de los mismos. Ambrosio de Morales, al servicio de Felipe II, los situó en tiempos de Alfonso III, por el del alcázar real de Oviedo, con dedicación de este rey y su esposa Jimena, hoy en el Museo Arqueológico de Asturias.

En segundo lugar, la colocación de la primera piedra era una práctica conciliadora con la divinidad y por la que suplicaba su auxilio. Se mostraba con un claro deseo de honra a Dios, y ajena a cualquier idea de soberbia o vanidad humana, cuyo paradigma era la construcción de la Torre Babel, el orgullo del ser humano por emular y desafiar a la divinidad con una torre que llegase a los cielos; y de sometimiento y reconocimiento al verdadero Dios, en contraposición al deseo de reconstruir el Templo de Salomón tras su destrucción por Tito en el año setenta de la era cristiana, y que provocó un nuevo castigo divino.⁵⁸

La antítesis más clara a la Torre de Babel la aporta una de las primeras obras de la literatura cristiana: *El pastor de Hermas*, escrito hacia mediados del siglo II por el hermano del papa Pío I. Se trata de un texto de carácter apocalíptico con abundantes revelaciones y visiones. En la tercera de modo alegórico se muestra a la Iglesia como una gran torre en construcción en la que se emplean piedras cuadradas y pulimentadas que encajan sin fisuras, mientras que otras son apartadas o rechazadas, en referencia a las diferentes actitudes del ser humano ante la palabra de Jesús. La torre se edifica sobre agua, porque en el pensamiento cristiano la vida es salvada por el agua. Aunque la influencia de *El pastor de Hermas* fue muy reducida, es un ejemplo claro del deseo contraponer una misma acción, que es la construcción de una torre, a partir de su intención, y que radica en su fundamentación o base.

En la primera piedra se solicita explícitamente la ayuda divina mediante inscripciones o cruces. En este último caso, la base más clara es el uso por Constantino de la señal de la cruz a modo de insignia que propició su victoria en el puente Milvio en 312, y que a la postre supuso el reconocimiento del cristianismo y la creación del lábaro o estandarte imperial con la cruz y el monograma de Cristo. Las palabras premonitorias de la victoria bajo la ayuda divina se convirtieron en fórmula apotropaica: *Hoc signo tuetur pius. Hoc signo vincitur inimicus*. Con an-

57. FÉROTIN, MARIUS (OSB), *Le Liber Ordinum en usage dans l'Église wisigothique et mozarabe d'Espagne du cinquième au onzième siècle*, Edizioni Liturgiche, 1996 (1ª ed. 1904 preparada y presentada por Anthony Ward, SM y Cuthbert Johnson), con suplemento de bibliografía general de la liturgia hispánica.

58. Lo expone BLEDA, JAIME, *op. cit.*, 1600, pp. 207-214. Cuando en el siglo IV los judíos decidieron reedificar el templo de Salomón, el emperador Juliano el Apóstata les instó a hacerlo con los mejores artífices y fondos necesarios. Con las zanjas abiertas, la víspera del inicio se produjo un terremoto que deshizo las piedras, y san Juan Crisóstomo escribe que un fuego del cielo quemó los instrumentos de los artífices y en los vestidos de los habitantes de Jerusalén y Antioquía aparecieron señales de la cruz como impresas. También ofrece el relato del poder de la cruz para paralizar la reconstrucción del mismo templo en el siglo VII (pp. 296-297).

terioridad, en la tradición bíblica se muestra la importancia del signo distintivo del pueblo de Israel en la última de las plagas de Egipto, cuando se anuncia que el Ángel exterminador mataría a los primogénitos de toda familia que en la entrada de sus casas no mostraran la señal de pertenecer al pueblo judío, y que dio lugar a la invocación apotropaica con la que como antífona se inicia la ceremonia de la colocación de la primera piedra.

Las palabras del profeta Zacarías acerca de la vigilancia de Dios sobre los templos espirituales estuvieron muy presentes. En el pensamiento medieval hispano la idea de protección divina en el inicio de una obra quedó reglamentada en las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio.⁵⁹ El acto de bendición y colocación de la primera piedra es una constante súplica de intercesión a Dios, la Virgen, la advocación de la iglesia, los santos en general cuya letanía se pronuncia, etc., y pide que el lugar se mantenga purificado y se acabe la obra para gloria de Dios, como sucedió con el templo iniciado por la devoción de David y completado por Salomón. Muchas de las piedras grababan precisamente esta idea, y en la ceremonia se cantaban antífonas como la que recuerda a Jacob y la piedra ungida, o se leía el salmo 126 sobre construcción sin vanidad..., y se aspergía agua bendita.

En tercer lugar, la colocación de la primera piedra era un acto simbólico. Alfonso de Madrigal Tostado a finales del siglo XV criticaba los signos que se decían apreciar en algunas imágenes, o el hallazgo milagroso de otras, encontradas en corazones de árboles, otras en peñas, fosas, hendiduras y algunas «falladas desde el fundamento de la yglesia».⁶⁰ En los cementos se concentraba gran simbolismo, pues el rito de colocación de la primera piedra se hallaba claramente reglamentado con letra impresa en los pontificales romanos tras siglos de debate.

La ceremonia de bendición y colocación de la primera piedra, hace constante referencia a Cristo como piedra, fundamento, piedra angular...,⁶¹ lo cual evidencia el misterio de lo que la primera piedra significa: figura expresa de Jesucristo. Esta metáfora tiene dos orígenes en la Biblia. Por un lado, la piedra sobre la que Moisés hizo brotar agua en la roca de Horeb (Ex 17, 5) y que el cristianismo identificará con la roca espiritual que representaba a Cristo (Co 10, 4). También en los Salmos se habla del Señor como roca de salvación (Sal 62 (61) y 95 (94)). Por otro lado, y principalmente, la piedra que rechazada por los constructores fue elegida por Dios para convertirse en piedra angular del edificio⁶² (Sal 118 (117), 22-23) y que

59. ALFONSO X EL SABIO, *op. cit.*, 1491; destacamos la partida I, título X, leyes I y II.

60. Usamos la edición DE MADRIGAL TOSTADO, ALFONSO, *Confessional del Tostado*, Alcalá de Henares, Arnao Guillén de Brocar, 1517, pp. 424-425. Critica severamente unas tradiciones que hacen que el pueblo se vuelve idólatra, y en las que «ay muchas mentiras e muy pocas verdades», pues fueron introducidas para sacar dinero de bolsas ajenas.

61. Por ejemplo: *Qui fecit coelum et terram. Sit nomen Domini benedictum. R. Ex hoc. Et usqs in seculum. Lapidem que reprobaverunt edificantes. Hic factus est in caput anguli. Tu es Petrus, etc. Et sup han petram edificabo ecclesia mea.* Así como, *Domine Jesu Christi, qui es verus omnipotens Deus: splendor et imago eterni patris, et vita eterna, qui es lapis angularis, et inmutabile fundamentum: hunc lapidem collocandum in tuo nomine confirma, et tu qui es principium et finis in quo principio: deus pater ab initio cuncta creavit...*

62. LADNER, GERHART B., «The Symbolism of the Biblical Corner Stone in the Mediaeval West», *Mediaeval Studies*, 1942, 4, pp. 43-60.

el cristianismo reconoce como tal (Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20, 17; Ef 2, 19-22; I Pe 2, 4-8), así como cimiento (I Cor 3, 5-23) y base de la comunidad cristiana entendida alegóricamente como edificio formado por piedras vivas (Mt 16, 18; I Cor 3, 5-23; Ef 2, 19-22; I Pe 2, 4-8), como recogería *El pastor de Hermas*. Además, la piedra se convierte en recuerdo de Dios, como sucede con la piedra ungida por Jacob en Betel para conmemorar el lugar donde Dios le habló y por lo que consideró era la Casa de Dios (Gn 28, 17-22 y 35, 13-



Fig. 3. Frontispicio del opúsculo, *Descripcion de las festivas demostraciones con que se colocó la primera piedra en la nueva y sumptuosa fabricacion del santo y apostolico templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, Zaragoza, herederos de Diego Dormer, 1681

15). Finalmente, el propio acto de colocación de la primera piedra y su pretensión de apoyo divino tiene un claro origen en las palabras recogidas por el profeta Isaías: Voy a poner una piedra de cimiento en Sión, una piedra sólida, angular, preciosa; quien se apoye en ella, no sucumbirá. Pondré el derecho por regla y la justicia por nivel (Is 28, 16-17).

El pensamiento cristiano utilizó constantemente la analogía de Cristo como piedra en punto destacado de la iglesia, pero con diversidad de ubicaciones:⁶³ en el fundamento, en la parte superior y más visible o en el ángulo. Una polisemia que destacaron los grandes liturgistas medievales, como el obispo Guillermo Durando en *Rationale Divinorum Officiorum* al afirmar que la iglesia estaba construida con toda dureza sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, Jesucristo es mismo la piedra angular; y su cimiento sobre la montaña santa. Unas ideas perpetuadas en la Edad Moderna a través de los pontificales impresos, y que se extenderán mediante actividades festivas, sermones, manifestaciones artísticas, etc. Y es que el cristianismo con un criterio didáctico ha usado con frecuencia la asociación de los temas artísticos en templos. Buena base para ello se hallaba en la alegoría de la iglesia creada en *Iconología* (1593) de Cesare Ripa, para quien la Religión debía representarse como una figura femenina sobre piedra, que debía representar a Cristo, que como dijo el profeta es la piedra angular, fue rechazada por los constructores de la vieja Ley, y fue puesta como principal en la esquina de su Iglesia, de tal forma que no puede haber mejor fundamento, como dice san Pablo.⁶⁴ El estudio realizado por M^a Pilar Dávila sobre un considerable número de sermones en la España de los siglos XVII y XVIII muestra la enorme vigencia de estas alegorías bíblicas.⁶⁵ En concreto, la comparación de los apóstoles como piedras la encontramos en Diego Niseno (1627), Hortensio Félix Paravicino (1636), Juan de Moya (1752) y Juan Bautista de Murcia (1753). Con los cristianos, en Luis Rebolledo (1600) y Hortensio Félix Paravicino (1636) que destacaban que debían ser piedras tan ajustadas como las del templo de Salomón que asentadas no requerían más artificio, Francisco Castañeda (1614), Francisco Fernández Galvan (1615), que defendía el alma eran los fundamentos y las paredes el cuerpo, y Thomas Madalena (1734), que abogaba por las esféricas, pues en todas partes mostraban el pulimento de las virtudes. La más común era la que vinculaba a Jesús como piedra angular, la piedra que rechazada de los artífices, como dijo David, sería elegida por Dios para estar en la cabeza del edificio y en un ángulo que uniera los dos muros, que eran los pueblos judío y gentil; presente en Pedro de Oña (1603), Diego Murillo (1607 y 1610), Alonso Cabrera (1609), Francisco Castañeda (1614), Bernardo Ribera (1620), Jaime Rebullosa (1621), Hortensio Félix Paravicino (1636), Domingo Pérez (1745) y Juan de Moya (1752). No obstante, es

63. Sobre el simbolismo del templo cristiano y de los diferentes tipos de piedra, según su colocación en el edificio, véase HANI, JEAN, *op. cit.*, 1983, pp. 98 y ss.

64. RIPA, CESARE, *Iconologia, ovvero, Descrittione dell'imagini vniversali cavate dall'antichità et da altri luoghi*, Roma, Gli heredi di Gio, Gigliotti, 1593, p. 237. En posteriores ediciones se cambió los elementos que debía llevar la imagen femenina, pero se mantuvo la piedra cuadrada como símbolo de Cristo (1613, p. 186).

65. DÁVILA FERNÁNDEZ, MARÍA PILAR, *Los sermones y el Arte*, Dept. de Historia del Arte de Valladolid, 1980.

significativo la notable presencia de referencias a Cristo como cimiento de la iglesia, e incluso la vinculación de la piedra angular con la del fundamento: Pedro de Oña (1603), Ángel Manrique (1610), Diego de la Vega (1612), Francisco Castañeda (1614) y Bernardo Ribera (1620), que como ejemplo de piedra fundacional y angular, señala: «Piedra alta, que hace esquina, para juntar las dos paredes de ese edificio (...) piedra mística fuese la primera, y la postrera: la mas baxa, y la mas alta, los pies, y la cabeza».

Además, la misma construcción de la iglesia se entiende simbólicamente. Tanto por su carácter cosmogónico, como por la consideración de Iglesia como comunidad y cuerpo de Cristo que reproduce su triunfo sobre la muerte. Cristo, cuya metáfora como piedra es constante en las escrituras, liturgia y sermones, es enterrado en la primera piedra. Como en la tradición de cualquier enterramiento se colocaba la piedra, frecuentemente de forma rectangular, se echaban tres capazos de tierra sobre ella en honor a la Trinidad, se oficiaban oraciones, y finalmente desde la profundidad de la tierra se elevaba, «resucitaba», en forma de edificio y convertirse en él en piedra angular que une los pueblos. Un aspecto fundamental éste frente a judíos y musulmanes, y de tanta trascendencia en los reinos ibéricos.

La función social y patrimonial de la piedra fundacional

La piedra fundacional, además de una función litúrgica, tenía una función social, que fue adquiriendo progresiva importancia en el tiempo. Se trataba también de un pacto ante una empresa común en la que podían unirse con devoción y entusiasmo fundador y comunidades religiosa, constructora y de fieles. Así lo muestran claramente las palabras de arquitectos como Il Filarete y Scamozzi, quien señaló cómo desde la Antigüedad el acto estaba al servicio de la magnificencia del fundador y el goce del pueblo. El criterio representativo estaba presente, y como perduración del mismo el conmemorativo, por lo que se elegían fechas vinculadas al fundador o aquellas que suscitasen la devoción para mantener vivo el entusiasmo por la obra. De este modo, en obras religiosas un acontecimiento que no tiene presencia en el calendario litúrgico queda unido al mismo, y su recuerdo se refuerza mediante letreros conmemorativos, medallas, crónicas, etc. El caso del Pilar de Zaragoza es harto elocuente.

Durante la Edad Moderna gran parte de la tradición del acto de colocación de la primera piedra se traslada a nuevas necesidades. La presencia del acto litúrgico permanece, pero sobre todo sirve como elemento de congregación cohesiva ante un proyecto, y como representación del poder. En este sentido, un caso paradigmático es el de la Universidad de Cervera, en la provincia de Lérida. Felipe V, para corresponder a los afectos y desafectos durante la Guerra de Sucesión, decidió trasladar la sede universitaria del Principado de Cataluña de Barcelona a Cervera. Aquí ordenó en 1716 su diseño al ingeniero Francisco Montañú. El monumental edificio se concibió con un bloque compacto con dos patios y capilla y sobre ella aula magna en el eje central del patio del fondo. La arquitectura era testimonio de la política borbónica, y así se quiso subrayar desde la primera piedra, que se colocó el 19 de diciembre de 1718 cumpleaños del monarca. Las fiestas se celebraron entre el 17 y el 20 de dicho mes por or-

ganización de la ciudad y la universidad, y los actos se recogieron por escrito para garantizar la pervivencia de la propaganda política que perseguían.⁶⁶ El primer día, las engalanadas comitivas universitaria y municipal, junto al resto de habitantes, asistieron a la solemne misa con música en la iglesia mayor, que estaba cuidadosamente ornada de altares, colgaduras y luminarias, con importante contribución de los gremios. En las calles se buscaba el asombro mediante luminarias, fuegos de artificio, salvas reales, música... En la mañana del día 18 se celebró misa y se disfrutó de las calles hermoeadas, donde no faltaron retratos y escudos reales, banderas de los regimientos que apoyaron al rey, pinturas que mostraban cómo sería el edificio, así como altares, colgaduras con poesías y arcos triunfales; por la tarde se celebraron bailes y por la noche se sacaron carros triunfales repletos de alegorías. Finalmente, el 19 (aniversario del natalicio del propio rey) se colocó la primera piedra. Por la mañana se celebró misa en la iglesia mayor; por la tarde transcurrió la solemne procesión por las calles adornadas, y llegados al lugar elegido bajaron las autoridades a los cimientos, y en un vaso de vidrio se colocaron los autos recogidos por los escribanos, así como monedas de la época de oro, plata y cobre. Finalmente, depositaron el vaso dentro de una oquedad cavada en la piedra, el cancelario puso argamasa y colocó la piedra con las armas reales, la capilla entonó el *Tedenum Laudamus*, se pronunciaron vítores a Felipe V, se lanzaron tres salvas reales...

La descripción es elocuente del uso que los intereses del monarca hicieron de los recursos festivos de una nueva piedra, coincidente con la de un nuevo orden político. Una situación que llegará al paroxismo a finales del mismo siglo con la ceremonia de la colocación de la primera piedra en el edificio del Capitolio (Washington, EEUU) por George Washington en 1793. Se trató de una ceremonia masónica bajo los auspicios de la Gran Logia de Maryland, de alto contenido alegórico que simbolizó la construcción de una nación mediante el amor fraternal entre sus ciudadanos. La conmemoración de tan importante acto puede apreciarse en los murales realizados por Allyn Cox en el mismo edificio, en la placa conmemorativa colocada en su primer centenario, aunque tras destrucciones y ampliaciones del edificio ya no había un conocimiento exacto de su ubicación, y recientemente en la medalla presentada en 1973 y autorizada por The United States Capitol Historical Society.

Estos actos públicos civiles tenían una fuerte inspiración en los religiosos fijados por la liturgia. A su vez, la trascendencia de estos actos políticos y las celebraciones civiles que atraían a numeroso público enriquecieron la parafernalia festiva de las celebraciones religiosas. Así puede apreciarse en la colocación de la primera piedra de la nueva catedral de Lérida en 1762, con presencia de danzas y castillos humanos que en su espectacularidad eran trasuntos de la propia actividad edilicia y del carácter simbólico del acto.

Por otro lado, quiero detenerme en el depósito de monedas que hemos visto en casos señalados de Orihuela, Alicante, Salamanca y la Universidad de Cervera. La atracción que el

66. RUBIO Y BORRÁS, MANUEL, *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Cervera*. Barcelona, Verdager, 1915-1916, pp. 230-237.

ser humano tiene por los vestigios que sus ancestros dejan ocultos, extremadamente desarrollada desde el Renacimiento, supuso una toma de conciencia sobre su carácter patrimonial, que condujo a la decisión de generarlos. Arrojar monedas a los cimientos o depositarlas estratégicamente durante la construcción era una ancestral práctica votiva y auspicio de prosperidad que perduró en la Edad Media. En ese momento, creo que la primera carta de san Pablo a los Corintios pudo contribuir a legitimar la tradición, pues en su alegoría del cristiano como templo de Dios presenta a Jesucristo como cimiento y la obra resistente al fuego por el uso de materiales ricos y perdurables, como oro, plata y piedras preciosas, para gloria del Señor (I Co 2, 11-12). En este sentido, muy ilustrativas son las palabras del abad Suger sobre el inicio de las obras del coro de Saint-Denis el 14 de julio de 1140, pues *ob amorem et reverentiam Jesu Christi* personas devotas depositaron en los cimientos piedras preciosas al tiempo que se cantaba la antifona que recordaban cómo los sagrados muros estaban contruidos con este tipo de material.⁶⁷ Las críticas sobre dispendio en la construcción, que arreciaron desde el siglo XVI, exigieron un esfuerzo exegético para defender que el gran desembolso económico por los materiales usados con especiales cualidades refulgentes se justificaban por el modelo del templo de Salomón, realizado para honra de Dios, y provocar con su ejemplo, y no por vanidad humana, por lo que la distribución de monedas era prueba manifiesta del acto votivo. Además, estas costumbres fueron reavivadas de modo anticuario por los humanistas, quienes defendían los beneficios de recoger y estudiar las monedas antiguas como modo fácil de recordar la historia y perpetuar la memoria.⁶⁸ Muchos eran los ejemplos que mostraban la conciencia del paso del tiempo, la futilidad de las obras humanas. Además, en tierras hispanas esta idea se alimentaba con las esculturas, frecuentemente halladas de forma milagrosa tras estar ocultas durante la presencia islámica.⁶⁹

Por lo tanto, además del carácter votivo y de auspicio de prosperidad algunos elementos podían ser escondidos con la esperanza de ser hallados. Con esta idea se emulaba los ritos antiguos, pero también sus consecuencias, como se veía era dejar memoria de sí y la época mediante el depósito de monedas, inscripciones y medallas. Desde luego, era una evocación silente y paciente y cuyo conocimiento se dejaba a la suerte o providencia. Poco tenía que ver con el orgulloso exhibicionismo de inscripciones que mostraban los datos de fundación,

67. PANOFSKY, ERWIN (ed.), *op. cit.*, 2004 (ed. en inglés 1946, 2ª 1979), pp. 116-117.

68. Un estudio sobre la importancia de la numismática para el conocimiento histórico desde el Renacimiento en HASKELL, FRANCIS, *La Historia y sus imágenes. El arte y la interpretación del pasado*, Madrid, Alianza, 1994; caps. I y 2. Sobre la conciencia en el siglo XV de depositar pruebas enterradas para su descubrimiento en el futuro BARKAN, LEONARD, *Unearthing the Past. Archaeology and Aesthetics in the Making of Renaissance Culture*, New Haven - London, Yale University Press, 1999. Y específicamente, en ese mismo tiempo, sobre el uso de monedas y medallas con criterios votivos y de perdurabilidad en las cortes de Rímimi, Mantua y Roma SCHRAVEN, MINOU: «Out of sight, yet still in place. On the use of Italian Renaissance portrait medals as building deposits», *RES*, 2009, 55-56, pp. 182-193.

69. CHRISTIAN, WILLIAM A., *Apariciones en Castilla y Cataluña (Siglos XIV-XVI)*. Nerea, 1990 (ed. en inglés 1981). A partir de las *Relaciones topográficas* de Felipe II (h. 1575) para la meseta sur, y la obra *Jardín de María* (1657) de Narciso Camós sobre santuarios marianos en Cataluña, muestra la preponderancia que tenían los descubrimientos de imágenes bajo tierra, siguiendo el modelo de las narraciones hagiográficas de descubrimientos de cuerpos de santos.

incluyendo nombres de personas y fechas, pero también más expuestas a la rapiña o a la destrucción por cambios de muy diversa índole. Il Filarete nos muestra esa tradición romana e interés renacentista por asegurar la póstuma fama al hablar de algunos hallazgos de su tiempo en los que se descubren restos antiguos y cajas del pasado realizadas con la intención de informar con la ruina, y en una de las cuales se encuentra el *Libro de Oro*.⁷⁰ Y el propio arquitecto junto a la piedra fundacional del Hospital Mayor de Milán, con fecha inscrita, añadió vasos con diferentes contenidos, y en uno de ellos una caja de plomo con medallas de hombres de fama, mientras que en la proyectado para Sforzinda encierra en una caja de mármol con sus principales obras grabadas, medallas de personajes y libros de bronce con acontecimientos de la época.⁷¹ Siglos después, y dentro de la misma cultura, Scamozzi constataba que era frecuente dejar memoria del nacimiento de la fábrica mediante medallas, inscripciones subterráneas y semejantes cosas.⁷²

En España la propuesta más sorprendente en este caso es la del benedictino Martín Sarmiento (1695-1772), comisionado por Felipe V para que presentara una propuesta iconográfica de decoración del palacio Real de Madrid.⁷³ Primero presentó su programa a Felipe V en 1743, y después, ampliado, a Fernando VI en 1747. Proponía composiciones alegórico-religiosas y alegórico-políticas, y en estas mostrar la continuidad de la monarquía desde los reyes godos hasta el reinante, y estableciendo relaciones, por un lado, con el imperio romano a través de los cuatro emperadores nacidos en Hispania, y, por otro, con otros personajes de otras regiones. Defendía la representación de personas, cosas y acciones famosas de Hispania; utilizar adornos inspirados en lo hispano, y con refrendo de las Sagradas Escrituras, entre los que consideraba el más acertado el Templo y palacio de Salomón, pues para la nueva dinastía se establecía una vinculación bíblica como ya se había hecho en tiempos de los Austrias: David - Carlos V - Felipe V, Salomón - Felipe II - Fernando VI; así como escudos de los territorios bajo la Monarquía; y realizar verdaderos retratos, buscando modelos en los libros, pinturas...

Complemento de esa memoria visible, y de la misma idea de perennizar lo hispano, en su diversidad por el tiempo y el espacio, concibió el proyecto de memoria subterránea. Siguiendo los eruditos principios humanistas que defendían el valor de los vestigios encontrados debajo de la tierra para completar lo que no decía lo que hay encima de ella. De este modo, al recordar cómo en la entrada principal del palacio se encontraron algunas monedas lamenta que no se enterrasen libros con ellas, y habla de la pérdida de importantes documentos y bibliotecas a lo largo de la historia a pesar de los cuidados. Por esta razón, propone

70. HUB, BERTHOLD, *op. cit.*, 2012.

71. IL FILARETE, *op. cit.* Mss. 1460-1464, libros IV y XI.

72. SCAMOZZI, VICENZO *op. cit.*, 1615; l. VIII, cap. II, p. 278.

73. *Sistema de adornos ... para el nuevo Palacio Real (1747-53)*, publicado en buena parte por Sánchez Cantón: *Opúsculos gallegos sobre bellas artes (siglos XVII y XVIII)*, Santiago, Bibliófilos gallegos, 1956, pp. 151-252. Entre los estudios más exhaustivos puede consultarse, MUNIAIN, SARA, *El programa escultórico del Palacio Real de Madrid y la Ilustración española*, Madrid, 2000.

ocultar en paredes de la Real Capilla u otros lugares oportunos libros sobre la Historia de España, crear una «biblioteca subterránea» que pueda enseñar después de muchos siglos qué caracteres, qué idioma, qué expresiones, qué leyes, qué liturgias, qué monedas usaban los españoles en 1747. Mientras que en los cimientos debía ocultarse una relación del estado de España, seleccionando algunos títulos: muchas obras de lengua y escritura, leyes, geografía, historia, religión, diccionarios; calendarios y guía de forasteros; el Teatro Universal de España; el Atlas de España; la obra de Lastanosa Museo de monedas obscuras, junto a vasijas de barro llenas de monedas antiguas, y otras de monedas españolas de toda marca, peso y metal, con preferencia de las que tuvieren caras originales de los monarcas, y medallones; para esta función también la Historia Latina de Mariana, pues conserva retratos de reyes... En definitiva, recogiendo las contribuciones de las contemporáneas campañas arqueológicas en Herculano sufragadas por los reyes hispanos, creaba las condiciones para transmitir su época en el futuro.

Los datos sobre el fundador, el momento de la edificación, etc., debían estar en la inscripción que recorrería el friso del edificio, como sucedía habitualmente con la piedra fundacional. Pero frente a la exaltación expositiva de una, la otra tenía un carácter silente hacia la posteridad, y sobre todo un carácter simbólico y patrimonial. En la información ofrecida en una piedra oculta hacia el futuro subyace saber que todo proyecto es caduco y finito, que en la grandeza de una gran obra se inicia su propia ruina, por lo que este tipo de piedras también tenían una intención simbólica que perseguía la eternidad.

Mircea Eliade mostró cómo el cristianismo a través de la repetición de las imágenes universales sustentadas en un simbolismo de arquetipos contribuyó a su uniforme extensión.⁷⁴ El rito que hoy nos interesa no fue una excepción, y como muchos otros, se transmitió perdiendo paulatinamente su realidad espiritual, banalizado, subrayando los valores sociales y de representatividad. Se adquirió conciencia del valor de estas piezas, que no recogían un momento histórico, sino que incluso podían llegar a crearlo.⁷⁵ La prensa, la fotografía y el cinematógrafo contribuyeron decididamente a la popularización de estos actos.⁷⁶ Y en fechas actuales asistimos a continuas labores de recuperación de las cápsulas del tiempo en su primer centenario para depositarlas en los museos, pervirtiendo su inherente intención.

74. ELIADE, MIRCEA, *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre el simbolismo simbólico-religioso*, Madrid, Taurus, 1974 (ed. en francés 1955).

75. Por ejemplo, la primera piedra del ayuntamiento de Valencia del 30 de junio de 1906 fue una caja de plomo con monedas y de los periódicos *El Pueblo* y *El Radical*, cuyos editores pactaron una edición de guante blanco para no dejar testimonio de su enconado enfrentamiento. Testimonio de José Altabella recogido en *ABC*, 10 de junio de 1971, p. 49.

76. Por ejemplo, la colocación el 4 de agosto de 1907 de la primera piedra de la Catedral nueva de Vitoria, con la presencia de Alfonso XIII, fue filmada por la empresa que regentaba el Salón Olimpia de Bilbao. FERNANDO CROVETTO POSSE, «Los inicios del cinematógrafo en Vitoria, 1896-1906», en VV. AA., *L'origen del cinema i les imatges del s.XIX*, Girona, Museu del Cinema-Col·lecció Tomás Mallol-Ajuntament de Girona, 2001.

En nuestros días los representantes políticos continúan haciendo un uso constante del acto de colocación de la primera piedra, pero en la evolución del proceso la dimensión social que suscite la expectación por la empresa y apoyo al protagonista no se acompaña a través de actos festivos que congregan a numerosas personas, que podrían incluir detractores, sino ante los medios de comunicación acreditados para difundir un acto carente de muchos de los significados forjados durante milenios, y cuyo estudio en el espacio y el tiempo nos ayuda a entender una memoria social y su efecto prolongado hasta nuestros días. Una práctica que, aunque liberada de la sacralización que tuvo en su origen, mantiene la dimensión de la arquitectura, desde su construcción, como imagen, y asumiendo con ello su capacidad semántica.